

Bien pulido por un discurso - Aída Dinerstein

Algo está pasando con el psicoanálisis. En el psicoanálisis. Es mi impresión que hoy en día existe el riesgo de que estemos perdiendo el rumbo.

Es cierto que el avance de las neurociencias y la ideología que le es afín nos empuja y nos apura en el sentido de responder a nuevas formas de la demanda y tal vez también sea cierto que la precipitación de los tiempos actuales no sea muy propicia para el detenimiento que una verdadera reflexión sobre la situación del psicoanálisis, hoy, merece. Nos encontramos urgidos por responder tanto a las demandas que se nos dirigen en el nivel de la práctica en intensidad como a cuestiones que se suscitan en la escena social. Intentamos hacerlo desde una posición que le sea fiel a lo que el descubrimiento freudiano supo situar en el conjunto de los saberes de la contemporaneidad así como a lo que Lacan nos dirigiera como demanda en ocasión del Encuentro en Caracas: les toca a ustedes, (o sea nosotros), ser lacanianos. Dada nuestra transferencia con su enseñanza estamos presionados por responder a esa demanda. Es así que nos hemos avocado a transitar el difícil camino que esta enseñanza propone, a sostenerla y sostenernos en ella así como a intentar transmitirla en y desde los distintos agrupamientos que nos hemos dado.

(Sin que haya sido el propósito explícito cuando envié el título de este trabajo, luego de una primera escritura del mismo, en ocasión de releer lo que había escrito, me percaté, no sin cierta sorpresa de mi parte, que lo que sigue, había resultado ser el intento de situar algunas preocupaciones que me rondan desde hace un tiempo, preocupaciones referidas a lo que supone la transmisión del psicoanálisis. Deberá entenderse que al referirnos a la transmisión estamos mentando también y de manera primordial lo que entendemos por clínica psicoanalítica, cómo y qué recortamos como objeto de nuestra praxis así como la manera en que nos posicionamos respecto a la dirección de la cura.)

No tan exitosamente como otras prácticas más “consoladoras”, no obstante, el psicoanálisis sigue teniendo su lugar en la escena social contemporánea. A pesar de los Bunge, los Sokal, los Sebrelli, y tantos otros que denostan con sorna, y también con cierta ignorancia, la pertinencia de su discurso. Pero ¿cómo sigue teniendo su lugar?

No estoy pensando solamente en el sentido político que pueda tener el redescubrimiento de la bondad de los tratamientos cortos, ni en la clínica que, ahora, **debe ser** de lo real. (Dado que se clasifican las clínicas según qué registro se privilegie, cosa que merecería largo tratamiento y discusión. Puntuemos simplemente el a priori y el imperativo así como el hecho de la clasificación que desconoce la condición de imposible de clasificar si de condición borromea se trata.) Tampoco estoy pensando necesariamente en lo que constatamos diariamente en nuestra práctica en relación a jóvenes aspirantes a psicoanalistas que intentan asegurarse, casi sin haber escuchado la demanda que se les dirige, de un dispositivo que les garantice “que harán psicoanálisis y no psicoterapia” porque ellos creen en el primero y no en la segunda. (Nada más lejos del deseo de analista que este querer “ser psicoanalista”.) Vemos así instalarse en nuestro medio un conjunto de consignas, de normas, de contraseñas, para asegurarse de que se está

practicando el psicoanálisis, de que se es psicoanalista y, por si fuera poco, lacaniano. ¿Nuevo standard?

Pienso sí en estas cuestiones pero sobre todo, pienso en si están dadas las condiciones, en nuestras instituciones, en las Reuniones y Movimientos de los que formamos parte, para formular las verdaderas, las buenas preguntas. Me pregunto si no estamos más embarcados en defender la consistencia de la teoría para su transmisión -¿merece esto el nombre de transmisión?- que en localizar las incertidumbres y los tropiezos de su relación a la práctica. Localización que bien puede situar la legitimidad de nuestra praxis. Después de todo, toda disciplina seria se caracteriza por su posibilidad de cernir bien sus obstáculos.

Lacan supo diferenciar el amor al saber del amor del saber. En su reformulación del planteo freudiano acerca de la pulsión epistemofílica y del deseo de saber, reubicó al saber en relación a un no querer saber, ligando al saber a aquello que le hace función de límite: el horror. Ahora bien: para el analista es condición necesaria otra posición en relación al saber, posición de la que el analista llevará la marca. Marca de una relación que no sea de rechazo, de no querer saber nada. Diferente de la posición histérica así como de la posición infantil en relación al saber, posiciones que se definen por una atribución de saber al Otro y por un querer saber para inmediatamente rechazar, reprimir este saber adquirido. Tanto en el niño como en la histérica se trata de un saber que les es pasado y, en ese sentido, dice Lacan, no lleva lejos. Se trata de oír algo que da placer para reprimirlo no bien se lo sabe. Esta forma del saber toma sustancia del grupo social configurando una modalidad de la transmisión por vía identificatoria. Diferente del saber producido por el discurso, el deseo del Otro. Esta es la forma del saber que Lacan quisiera para los psicoanalistas. Bien pulido por un discurso.

Aquí me interesa situar una pregunta que entiendo que, de ser convenientemente trabajada, podría dar lugar a ubicar un verdadero problema. Entiéndase que, tal como lo acabo de plantear más arriba, al contrario de lo que podría considerarse desde una sobrevaloración (positivista y pragmática) de la eficacia, sitúo la ubicación de puntos problemáticos como eficiente en cuanto a preservar la riqueza de un pensamiento. La pregunta que me formulo es la siguiente: que Lacan haya tomado otras vías distintas a la de la escritura de los cuatro discursos, que haya dedicado los últimos años de su vida a pensar las cuestiones cruciales del psicoanálisis ya no en términos de estos discursos ni de topología de superficies sino en términos de teoría de nudos, ¿autoriza a considerar perimidos, superados, los problemas que el término discurso, tal como Lacan lo propone, introduce en la teorización psicoanalítica? ¿No sería, en cambio, más promisorio tomar el camino de reconsiderar las homologías y diferencias, las relaciones y aun los impasses que las diferentes escrituras plantean? Sólo a modo de ejemplo me gustaría remarcar el hecho de que Lacan no desestima la pregunta que se le dirige en cuanto a qué relación podría establecerse entre los cuatro discursos y las fórmulas de la sexuación, fiel a su estilo de privilegiar los escollos en lugar de brindar soluciones demasiado simplificadoras. Otra forma de la pregunta es posible: si revisamos qué propone Lacan con el término discurso, ¿no podríamos considerar la escritura de los nudos como una forma del mismo? Si así fuera tal vez nos veríamos llevados a tener que repensar ciertas maneras, bastante difundidas en nuestro medio, en que la

clínica es pensada como modelo (en el sentido que le da Badiou a esta noción) de la estructura en tanto real. Estructura y real entendidas como lo primero; estructura y real que, sustancializados, se ejemplifican en los casos clínicos.

Volvamos entonces a este saber que Lacan espera para los psicoanalistas. Un saber bien pulido por un discurso.

La función del saber no es unívoca. Si el saber entra en función para determinar la razón de la transferencia y si de este saber supuesto, el del analizante, el analista no sabe nada y sólo hallará los significantes en que se articula por encuentro, Lacan localizará, también para otra función del saber, la del saber del psicoanalista, algo del orden del encuentro. En esta oportunidad hablará de invención, de que una buena cosa se encuentra, un hallazgo se produce. (Está hablando del plus-de-gozar y su relación con la plusvalía de Marx). Se trata del buen hallazgo, diferente del encuentro fallido de la tyché. Porque se trata del saber, que se inventa, y no de la verdad, dividida del saber en cuanto a que su régimen es otro que el de éste. Esta forma del saber toma sustancia de un discurso configurando una modalidad de la transmisión por vía de la letra.

Cito: "... se hace un hallazgo. Para hacer un hallazgo era necesario que eso estuviera bien pulido, esmerilado ¿por qué cosa? Por un discurso."

Ahora bien, ¿qué mienta Lacan con la noción de discurso? Algo queda claro: si bien esta noción puede haber sido importada desde otros saberes (sean los de Foucault, o los de Benveniste) el uso que Lacan hace de ella es específico. Razones de tiempo imponen la siguiente precipitación conclusiva: la noción de discurso queda homologada a la de escrito. Operando la lógica como articulador entre ambos. La lectura del Seminario correspondiente (Seminario XVIII "De un discurso que no sería del semblante") a estos desarrollos mostrará la complejidad de los recorridos que Lacan hace al respecto.

Lo que hoy me interesa destacar es la insistencia de Lacan en que el discurso, lo escrito, está (cito) "no en primer lugar, sino en segundo lugar respecto a toda función del lenguaje" para de inmediato subrayar "que sin embargo sin lo escrito no es de ninguna manera posible volver a cuestionar lo que resulta antes que nada del efecto del lenguaje como tal, dicho de otra manera, del orden simbólico..."

Lacan dirá que la lingüística le importa un comino, que lo que sí le interesa directamente es el lenguaje porque es con eso con lo que tiene que hacer, con lo que tiene que vérselas cuando debe hacer un psicoanálisis. Pero la lógica de esta acción con los efectos del lenguaje, (otra manera de nombrar la dirección de la cura, o, más simplemente, un análisis), lo que enmarcará táctica, estrategia y política, sólo se constituye por lo escrito. Es lo que escribirá en este tiempo de su enseñanza como Discurso del analista. A condición de no olvidar que es por la palabra que se abre la vía hacia lo escrito, ya que lo escrito retomado por sí sólo, sea el esquema L, sea el grafo, (yo agregó, sea el nudo) presenta la posibilidad de toda clase de malentendidos.

Tanto para el tratamiento del saber textual como para, ya en el nivel de la extensión, lo que

constituye el saber del psicoanálisis, Lacan propone seguir el camino del saber en lo real propio de la ciencia. Es el dispositivo escritural, particularmente el de la lógica matemática, lo que le interesa.

Con una advertencia. Pues si bien el modelo de la ciencia es necesario, no es suficiente para lo que es específico del psicoanálisis. Éste debe construir su discurso, su lógica, sobre el dispositivo matemático pero sin presuponer ninguna posibilidad de algún tipo de previsibilidad técnica. Es evidente que se trata de otros fundamentos que los del cientificismo.

Esta advertencia y esta imposibilidad son consecuencia de la reintroducción de la verdad en el campo que pretende haber terminado con ella. (Al respecto, véase Bertrand Russell).

Porque si bien el analista debe saber a qué atenerse así como de dónde, de qué discurso se sostiene, esto no quiere decir que sepa lo que dice. Y esto por el hecho de la existencia del inconsciente ya que el inconsciente quiere decir justamente eso, que "yo no sé lo que digo".

La causa de lo cual se encuentra en el lenguaje mismo.

Si es verdad que yo no sé lo que digo, que sólo sé que no lo sé y que digo lo que no quiero decir, el discurso que conviene al psicoanálisis no podrá sostenerse de la universalidad del concepto. Difícil, si no imposible, hacer entrar en el concepto a esa sorpresa en que consiste el inconsciente. Y esto porque todo pensamiento debe pasar por el lenguaje, aun el pensamiento más formal. Mucho más si, como es el caso, aquello de lo que el psicoanálisis se ocupa es de un pensamiento, no de ideas, sino de cosas dichas.